

Un poblado de la Primera Edad del Hierro en la Plana de Castellón

POR F. ESTEVE GÁLVEZ

En diciembre de 1923, durante una excursión por las montañas que separan el valle de Borriol de la Plana de Castellón, encontré casualmente en lo alto de un despeñadero situado en el lugar llamado «el Castellet», algunos huesos y fragmentos de burda cerámica hecha a mano, indicios seguros de un yacimiento prehistórico. De ahí que durante el siguiente año 1924 y las vacaciones de verano de 1925 realizase una detenida exploración de aquellos lugares, gracias a la cual pude comprobar el emplazamiento de un viejo poblado y en parte también su necrópolis, formada ésta por varias cuevas sepulcrales que se abren en el mismo «Castellet» y en las montañas inmediatas de «la Lloguera» y «la Joquera».

Otro poblado argárico, del que ya he dado noticia en una breve nota, existe en la cima del «Molinás»,¹ y en el «Tossal Gros», que es la montaña más alta de aquellos lugares, se ven indicios de una antigua ocupación, probablemente de los comienzos de la Edad del Bronce.

De mis primeros hallazgos en el «Castellet» informé al profesor Bosch en 1924, quien cita esta estación como eneolítica en su trabajo de conjunto sobre los problemas arqueológicos de la provincia de Castellón.² En una comunicación que presenté por entonces a la Comisión Provincial de Monumentos, dando cuenta de los resultados obtenidos en mis exploraciones arqueológicas por los términos de Castellón y Borriol, daba a conocer los poblados de «el Castellet», «el Molinás», «les Serretes» y «la Madalena», en los que por entonces sólo había recogido un material bastante escaso y poco típico. Algunos de estos hallazgos figuraron más tarde en la Exposición de Barcelona. Pero un señor de Castellón, artista de profesión, cometiendo un abuso de confianza, ha publicado varios artículos en los que se atribuye

1. F. ESTEVE, *Notas de Prehistoria valenciana*, II, *El poblado argárico de El Molinás*. Saitabí, 1943, pág. 5.

2. P. BOSCH GIMPERA, *Els problemes arqueològics de la província de Castelló*, en *Bol. de la Soc. Castellonense de Cultura*, año 1926.

graciosamente el descubrimiento de estas y otras estaciones, que en parte sólo conocía por referencias nuestras.¹ Como, además, sus trabajos son poco aprovechables y dan noticias de segunda mano, a veces inexactas, es hora ya de publicar de una manera sistemática los resultados que hemos obtenido. De momento, voy a dedicar esta nota al estudio del poblado del «Tossal del Castellet».

EL POBLADO. — El llamado «Tossal del Castellet», o simplemente «el Castellet», es un enorme roquizal formado por duras calizas cretácicas, dispuestas en estratos verticales, que forman grandes despeñaderos y hacen de él una verdadera fortaleza natural (lám. 1); por eso hubo aquí tal persistencia de población, que los restos encontrados hasta ahora nos llevan desde el Eneolítico final hasta la Edad del Hierro, habiéndose recogido también algún fragmento de cerámica ibérica pintada y de «terra sigillata». En la cima del monte aun se ven las ruinas de una construcción medieval, rehecha durante las guerras civiles del pasado siglo; es el pequeño castillo que ha dado nombre a este lugar.

El viejo poblado prehistórico o, mejor dicho, los poblados, porque aquí se suceden diferentes culturas, ocupaba las vertientes sudeste, sur y sudoeste, pero, desgraciadamente, ha desaparecido casi por completo. Hace algo más de treinta años, un vecino de Borriol roturó aquellas tierras, terminando con los restos de las viviendas. Tan sólo en la vertiente sur, sobre la misma roca viva, se conserva un trozo insignificante de pared hecha de piedras trabadas en seco, y a media montaña queda intacta una porción reducidísima, donde puede verse todavía el nivel arqueológico, formado por tierra cenicienta oscura, en la que se mezclan huesos de animales con fragmentos de cerámica hecha a mano, algunos utensilios de piedra y restos del enlucido de arcilla con las improntas del ramaje del techo o de las paredes de las cabañas. Algunos de estos pedazos de revoque aparecen quemados y endurecidos por el fuego, lo que hace pensar en un incendio que acaso destruyera el poblado.

Los hallazgos proceden de las tierras ya muy revueltas, de los modernos bancales de cultivo, salvo casos rarísimos, como una pequeña hoja de cuchillo dentada, una punta de flecha en forma de hoja de laurel y algunos fragmentos de cerámica decorada, recogidos en los pocos lugares donde aun aparece intacto el yacimiento.

Tales despojos se hallan extendidos por toda la montaña, pero la dispersión de los hallazgos nos permite rehacer una posible evolución de la zona habitada. Los objetos que parecen ser más antiguos proceden de lo

1. JOAN PORCAR, *Excursions i recerques arqueològiques*, en *Bol. de la Soc. Cast. de Cult.*, tomo XII (1931).

alto de un despeñadero que se extiende de norte a sur por la vertiente sudoeste, en cuyo lugar se han recogido también algunas piezas de fines de la Edad del Bronce y principios de la del Hierro. En cambio, el material argárico ocupa una gran extensión. Esto nos permite suponer que a fines del Eneolítico hubo en la parte alta de aquel despeñadero un pequeño poblado fortificado, al que deben pertenecer algunos fragmentos de hojas de cuchillo, puntas de flecha romboidales o en forma de hojas de laurel, algunas hachas de piedra y fragmentos de cerámica decorada por cordones con impresiones digitales o bien por incisiones, que en algún caso parecen ser un tipo degenerado de la especie del vaso campaniforme, material este que ya no se halla en el resto del monte.

Durante la Edad del Bronce, la población debió extenderse por toda la vertiente meridional y aun en gran parte por el este y oeste. Esta fué la mejor época del poblado, ya que los hallazgos de tipo argárico son los más abundantes. En la vertiente norte hubo entonces un foso poco profundo, relleno hoy de tierras, piedras, huesos y cerámica. Entre estos despojos hemos recogido también varias piezas de hoz en forma de creciente; un hacha de piedra muy incompleta y una afiladera plana perforada, tipo frecuente en el sudeste de España, que hasta ahora no se había encontrado en estas comarcas del reino de Valencia.

Más tarde, durante la Edad del Hierro, la población vino a reducirse poco más o menos a los mismos límites que ocupó durante el Eneolítico, pero sus restos están mejor conservados y aparecen dispersos por casi toda la montaña. El nivel arqueológico, que se conserva todavía intacto en la vertiente sur y al que antes hemos hecho referencia, pertenece precisamente a esta época.

Sin duda, lo alto del monte, de acceso casi imposible y que, por lo tanto, vendría a constituir como una pequeña acrópolis, fué ocupado con especial preferencia; pero aquí las construcciones posteriores han borrado los restos antiguos y hoy aparece por todas partes la roca desnuda.

Esta evolución de la vivienda viene en parte comprobada también por los resultados que hemos obtenido en la exploración de las tumbas vecinas que al parecer corresponden al mismo poblado. Aunque muy destruídas, su mobiliario nos lleva desde el Eneolítico inicial a la Edad del Bronce. Desgraciadamente, la necrópolis hallstáttica, que sería la de mayor interés, no hemos podido localizarla todavía. Como las tierras inmediatas al poblado están roturadas y abancaladas en terrazas de cultivo, cubiertas hoy de algarrobos, olivos y almendros, lo más probable es que haya sido destruída hace ya mucho tiempo.

FAUNA. — La fauna está todavía sin clasificar; pero puede adelantarse ya que el animal más abundante es el caballo, y existen también la cabra,

la oveja, el conejo, el jabalí y el ciervo. Entre los moluscos marinos se cuentan los géneros «*pectunculus*», «*cardium*», «*murex*», «*columbella*», «*conus*», «*casia*», «*ciprea*», cuyas especies no se han determinado.

MATERIAL ARQUEOLÓGICO. — Es imposible separar el material eneolítico del de la Edad del Bronce, pues si bien algunos objetos, por ser característicos de un período determinado, pueden fecharse con toda seguridad,

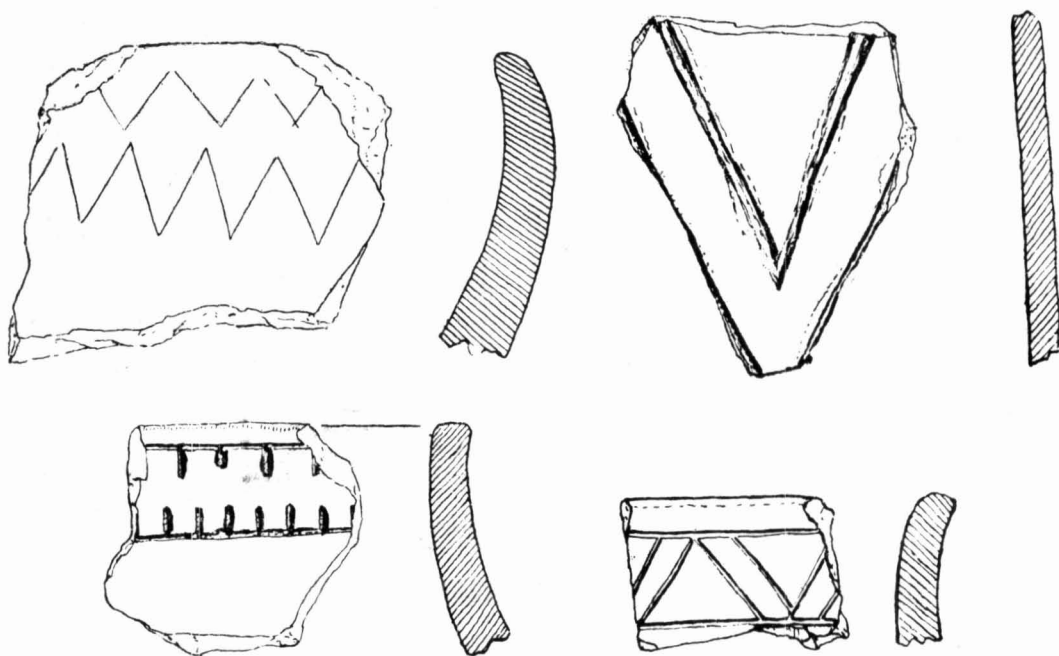


Fig. 1. — Fragmentos de cerámica con decoración incisa, del poblado del «Tossal del Castellet»

la mayor parte son bastante atípicos, y lo mismo pueden pertenecer al Eneolítico final como a las Edades del Bronce y Hierro. Este es el caso de la cerámica lisa, de la cerámica averdugada y con impresiones digitales, que en esta región se encuentra desde el Eneolítico hasta el pleno florecimiento de la cultura ibérica, de algunos objetos de piedra, como las hojas de sílex y de los punzones de hueso. Es preferible, pues, estudiar todo el material en su conjunto, separando tan sólo algunos hallazgos de cerámica típica de la primera Edad del Hierro, que por su importancia excepcional, dada la situación geográfica de este yacimiento, merecen estudiarse aparte. Además, muchos de estos objetos de hueso y piedra, de aspecto arcaico, pueden pertenecer a la Edad del Hierro, y a no ser porque hay piezas evidentemente eneolíticas que deben relacionarse con los sepulcros inmediatos, podría supo-

nerse que todo este material pertenece a los últimos tiempos de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro. Por eso hago un pequeño inventario del material arqueológico y prescindo, de momento, de toda clasificación cronológica.

Cerámica. — Como suele ocurrir en los poblados del este de España, las especies lisas son las más frecuentes. Algunos fragmentos de color oscuro, a veces negro, de superficie pulida y brillante, son indudablemente argáricos ya muy tardíos, tanto por su técnica como por los perfiles de los vasos, en los que domina la forma bicónica, con nervio central y fondo convexo, tan típica de la Edad del Bronce.

La cerámica decorada por motivos en relieve es poco frecuente, tratándose casi siempre de fragmentos de grandes vasos decorados por cordones lisos muy finos y de poco resalte, lo que en esta comarca parece ser característico de la cerámica averdugada de la Edad del Bronce. A veces están repujados por impresiones digitales, ungulares o incisiones de cuchillo, resultando así cordones dentellados. No falta tampoco el cordón redondo postizo, casi suelto, cortado por pellizcos o impresiones de las yemas de los dedos, que debe ser de la temprana Edad del Hierro. Esta cerámica aparece tan fragmentada, que es de todo punto imposible deducir la forma de los vasos y la disposición de los motivos.

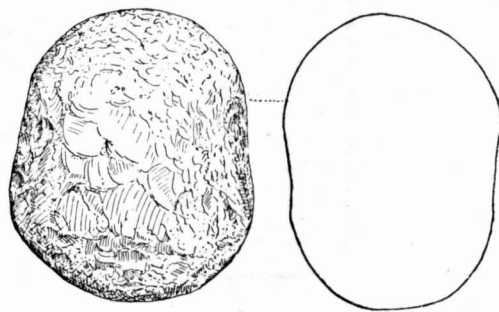


Fig. 2.—Percutor de sílex del «Tossal del Castellet» (muy reducido)

Mayor interés ofrece la cerámica decorada por incisiones (fig. 1), a pesar de ser bastante escasa y estar reducida a unos cuantos fragmentos sueltos, que en parte parecen derivar de la especie del vaso campaniforme, tratándose probablemente, no de una forma local, sino de un tipo degenerado, posterior, desde luego, al pleno florecimiento de esta especie de cerámica. Un fragmento de superficie negra brillante está decorado por un fino zigzag inciso a punta de cuchillo, probablemente cuando el barro estaba ya seco y endurecido. Tanto por su decoración como por su perfil, este vaso debe pertenecer a la primera Edad del Hierro, teniendo sus inmediatos paralelos en la cerámica hallstática de algunas cuevas de la provincia de Logroño.¹

Objetos de piedra. — Dejando aparte las lascas y nódulos de sílex completamente amorfos y varios cantos rodados con señales de haberse usado como afiladeras o percutores, todo ello de escaso interés, cabe men-

1. P. BOSCH GIMPERA, *La cerámica hallstattiana en las cuevas de la provincia de Logroño y su ocupación en distintas épocas*, en *Bol. de la Real Soc. Esp. de Historia Natural*, Madrid, 1915.

cionar : piedras para moler de forma oblonga, de arenisca roja triásica, que en el país llaman *rodeno*, percutores esferoidales de arenisca, caliza, sílex (fig. 2) o duros conglomerados de cantos de cuarcita; una placa rectangular de arenisca de grano fino, perforada (fig. 3, *a*); algunos fragmentos de hachas de piedra y un hacha completa, muy pequeña, de fibrolita, finamente puli-

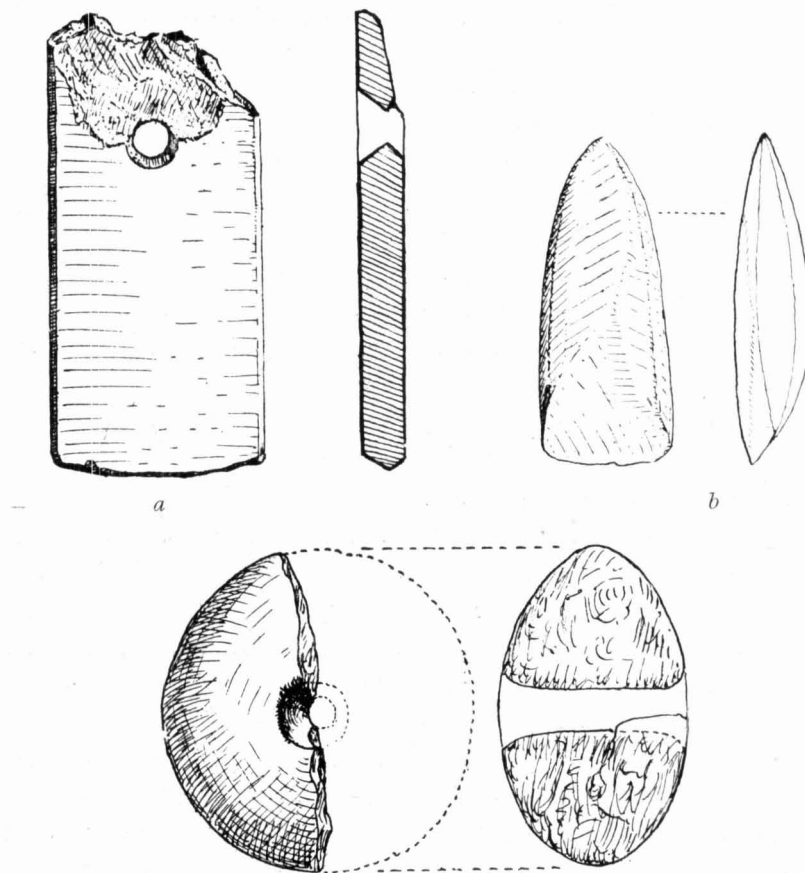


Fig. 3. — Placa de arenisca, hacha de fibrolita y fusayola, del «Tossal del Castellet»

mentada (fig. 3, *b*); diversas hojas de sílex, con el filo dentado (fig. 4); gran número de piezas de hoz en forma de creciente, o trapezoidales (fig. 5), cuidadosamente dentadas, y puntas de flecha en forma de hoja de laurel, a veces con pedúnculo, o bien romboidales con iniciación de la espiga y aletas (fig. 6). Las puntas de flecha y las hachas son bastante escasas; en cambio, abundan las piezas de hoz, las hojas y hasta las lascas dentadas, lo que nos indica que los objetos de piedra, como suele ocurrir en los poblados de la Edad del Bronce, tuvieron una importancia secundaria.

Objetos de hueso. — Entre la enorme cantidad de huesos de animales que aparecen por la vertiente sur, hemos podido separar algunos que fueron intencionadamente labrados, ya en forma de punzón, ya en forma de espá-

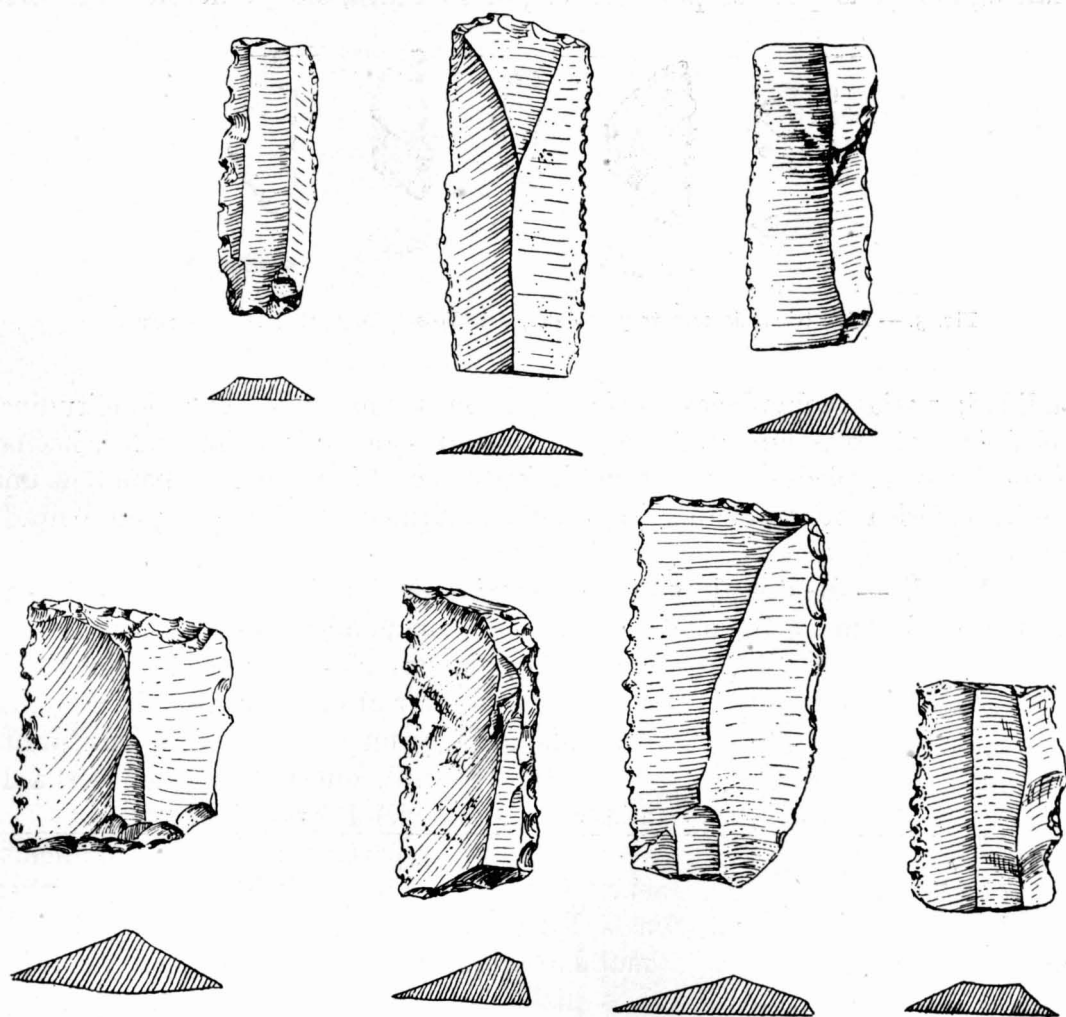


Fig. 4. — Hojas de sílex con filos más o menos dentados, del «Tossal del Castellet» (tamaño natural)

tula. Mencionaremos como piezas de mayor interés : tres punzones muy robustos, labrados en grandes esquirlas de hueso; un punzón incompleto hecho de un hueso largo, cuya apófisis se utilizaría como mango; otro semejante, de punta roma; un finísimo punzón hecho de una pequeña esquirla totalmente pulimentada; una pequeña punta poliédrica, que debe ser el extremo de un alfiler u otro objeto de adorno; fragmentos de una espátula y un hueso largo con incisiones que forman nudosidades (figs. 7 y 8).

Objetos de adorno. — Grandes conchas de pectúnculos con el ápice agujereado; otras más pequeñas, de la misma especie, que sólo pudieron recogerse en la playa para usarlas como objetos de adorno personal, pues están agujereadas por un parásito y, por lo tanto, no pudieron tener otra

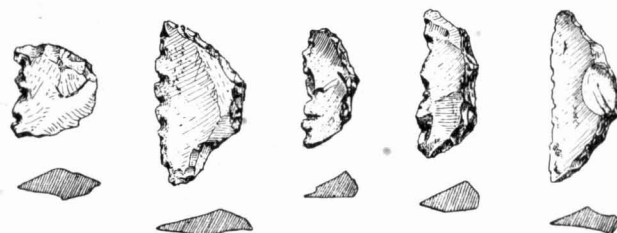


Fig. 5. — Sílex triangulares o trapezoidales, del «Tossal del Castellet» (a la mitad)

finalidad; varias columbelas perforadas, conos con perforación longitudinal y el ápice roto o pulimentado; algunas cuentas de collar discoidales, hechas de concha o de piedra caliza, tan corrientes en el Eneolítico español, y una cuenta esférica incompleta, de sílex ambarino, totalmente pulimentada (figura 9).

Metal. — Restos de cobre y escorias de fundición del mismo metal; fragmentos de una pequeña hoja de cobre; un pequeñísimo punzón de sección cuadrada; un clavo o pasador que debió servir para sujetar al mango una hoja de puñal o de alabarda, y un fragmento de una punta con nervio central, que debe pertenecer a la avanzada Edad del Bronce (fig. 10).

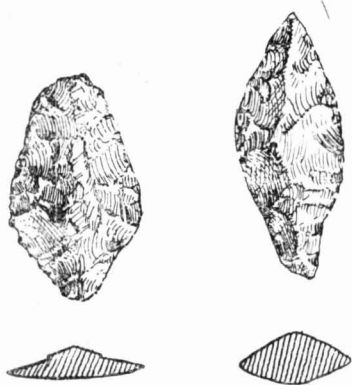


Fig. 6. — Puntas de flecha de sílex, del «Tossal del Castellet» (a su tamaño)

La mayor parte del material que hemos encontrado en este poblado pertenece, pues, a la Edad del Bronce, siendo muy pobre el mobiliario que podría considerarse eneolítico. Los hallazgos posteriores todavía son más escasos, reduciéndose a unos pocos fragmentos de cerámica de la Edad del Hierro, romana y medieval. Si exceptuamos algunos hallazgos hallstáticos — que vamos a estudiar a continuación —, esta cerámica postargárica no tiene interés alguno, y sólo nos indica que este lugar, por su excelente situación y fácil defensa, jamás dejó de ser habitado.

CERÁMICA DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO. — Pero de todo lo recogido hasta ahora en el «Castellet», lo más importante es un pequeño con-

junto de fragmentos de cerámica, que hasta la fecha constituyen el único hallazgo seguro del Bronce final y los comienzos de la Edad del Hierro en el antiguo reino de Valencia (lams. II, III y IV).

Esta cerámica es bastante compleja. Algunos fragmentos están decorados por un procedimiento semejante a la llamada «técnica del Boqui-

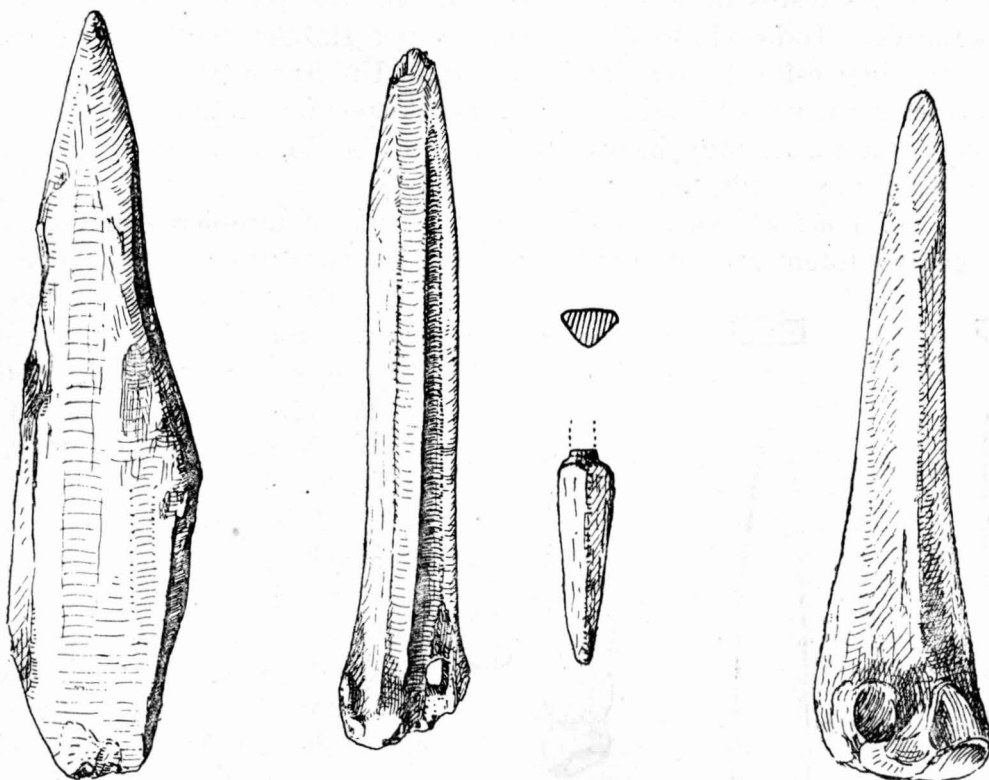


Fig. 7. — Punzones robustos de hueso, del «Tossal del Castellet»

que» (lám. III, 3 y 4); otros pertenecen a la Kerbschnittkeramik de la cultura de los túmulos de fines de la Edad del Bronce (lám. II); y un conjunto más numeroso cae decididamente dentro de la cultura de los campos de urnas, pudiendo considerarse como una prolongación hacia el sur de las necrópolis de la costa catalana (lám. IV, 1 y 2).

Cerámica excisa. — Algunos fragmentos están decorados por relieves, que se han obtenido rebajando los fondos y dejando intacta la primitiva superficie del vaso en los motivos decorativos, técnica que deriva indudablemente del trabajo en gubia aplicado a los recipientes de madera, y se considera típica de la cultura de los túmulos de Europa Central. De este modo se obtiene un efecto decorativo que recuerda la llamada «técnica negativa» de nuestro vaso campaniforme, aunque el procedimiento sea bas-

tante diferente, y de ahí que en algún caso haya habido confusiones entre ambas especies de cerámica y ahora se pretenda establecer entre ellas una relación de dependencia.¹

En «el Castellet», la cerámica excisa se reduce a seis fragmentos sueltos, que han aparecido extendidos por toda la parte alta del poblado, mezclados con los restos de tipo argárico, que en esta parte deben serles contemporáneos. Todos ellos están decorados por zigzags, sueltos o agrupados en zonas, dispuestas en sentido horizontal. Un fragmento que parece corresponder a un vaso bicónico, está decorado por una faja de rombos o, si se quiere, un zigzag muy incorrecto, junto al borde, y un sol inciso hacia la mitad del vaso (lám. II).

Técnica del Boquique. — Deben relacionarse también con esta cerámica cuatro fragmentos decorados por líneas discontinuas trazadas con el punzón según la llamada «técnica del Boquique»; pero de un tipo que está muy lejos de la cerámica de las cuevas² y, en cambio, encaja perfectamente en la cerámica de la Edad del Hierro de la Meseta superior.³

Su decoración consiste en zonas de ángulos dispuestos en hoja de acacia, separadas de las zonas lisas por líneas paralelas; líneas cortadas por pequeños trazos perpendiculares incisas en el borde o en la parte media del vaso; y arcos de líneas paralelas que cuelgan a modo de festones (lám. III, 1-4).

Cerámica hallstättica. — La cerámica hallstättica apareció a media montaña en la vertiente

sur, casi siempre superficialmente entre las tierras de cultivo, excepto unos pocos fragmentos lisos y dos con surcos acanalados, que se hallaron precisamente en el nivel intacto.

Se trata de fragmentos sueltos de los cuales es imposible inferir la

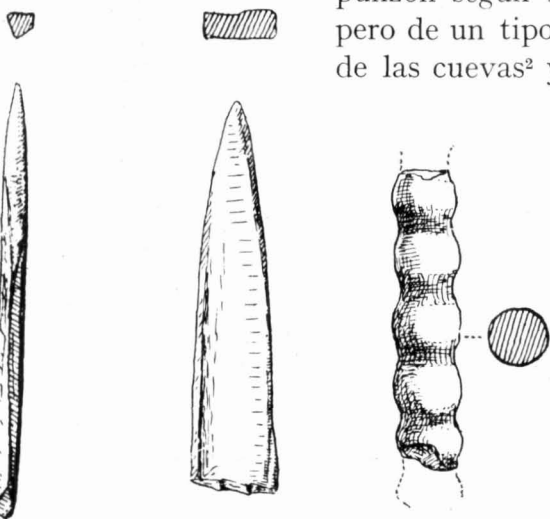


Fig. 8. — Objetos de hueso, del «Tossal del Castellet»

1. Tal es el caso, por ejemplo, de los vasos de Molino (Numancia), los cuales han sido repetidamente publicados, así como últimamente clasificados definitivamente por M. ALMAGRO, *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro de la Península Ibérica*, en *Ampurias*, I, Barcelona, 1939.

2. C. MORÁN, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, en *Mem. Junta Sup. Ex-y Ant.*, n.º 65, Madrid, 1923-24. — J. CABRÉ AGUILÓ, *Excavaciones de las Cogotas Cardenosa* (Ávila), en *Mem. Junta Sup. Ex. y Antig.*, n.º 110, Madrid, 1929.

3. J. PÉREZ DE BARRADAS, *Notas prehistóricas*, II. *La primera invasión céltica de la Meseta Central*, en *Soc. Esp. de Antrop. Etnogr. y Prehistoria. Actas y Memorias*, Madrid, 1934.

forma de los vasos; tan sólo algunos con la superficie exterior bien pulida, de color marrón claro o rojizo, y la cara interior negra, corresponden a un vaso bicónico con arista central, fondo convexo y boca estrangulada (figura 11), forma corriente en la cerámica hallstättica de la Península.

La decoración comprende las dos técnicas típicas de las necrópolis de urnas: los surcos acanalados y las finas incisiones de líneas paralelas (lámina II). A la primera pertenecen cinco fragmentos con la superficie bien pulida, decorados por acanaladuras poco profundas, agrupadas en fajas, que en un caso están dispuestas en ángulo y deben formar parte de un zigzag. Existe un fragmento con la superficie sin pulir, decorado por surcos más anchos, que acaso sea una imitación local de esta especie cerámica.

La técnica de la línea incisa está representada por un solo fragmento decorado por dos finos trazos paralelos, que dibujan una cruz o meandro.

Estas técnicas decorativas tienen distinto origen y probablemente han llegado a la Plana de Castellón por diferentes caminos. Los surcos acanalados y las incisiones de líneas finas paralelas (lám. III, 5) proceden, sin duda, de las necrópolis de la costa catalana, cuyas urnas aparecen decoradas exclusivamente con estos motivos. De los dos períodos que distingue el profesor Bosch en esta cultura,¹ nuestra cerámica debe pertenecer al primero, ya que las acanaladuras son finas y parecen un tanto complicadas, y uno de los fragmentos está decorado por cruces o meandros, que se estiman como característicos del segundo período establecido por Kraft en la necrópolis de Tarrasa (800 a 600 a. de J. C.).² Es lógico también que este avance hacia el sur se realizase ahora precisamente, cuando los campos de urnas de la costa catalana alcanzan su máximo apogeo y no se ha producido todavía la reacción de los pueblos ibéricos. También las estaciones extremas de Cataluña situadas hacia el interior (Llardecans) y en la ribera del Ebro (Tivisa),³ muestran muchos arcaísmos que nos llevan a una fecha semejante.

La cerámica excisa tiene sus mejores y más inmediatos paralelos en

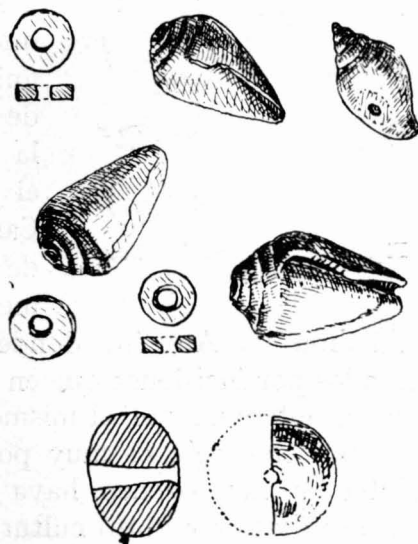


Fig. 9. — Objetos de adorno, del «Tossal del Castellet».

1. P. BOSCH GIMPERA, *Una primera invasión céltica en España hacia el 900 a. de J. C.*, en *Investigación y Progreso*, 1933, pág. 345.

2. P. BOSCH GIMPERA Y G. KRAFT, *Zur Keltenfrage*, *Mannus*, VI, Leipzig, 1918.

3. SALVADOR VILASECA, *Dos cuevas prehistóricas de Tivissa*, en *Ampurias*, I, Barcelona, 1939, págs. 159-185.

los poblados de la primera Edad del Hierro del Bajo Aragón,¹ de donde pudo extenderse al Maestrazgo y penetrar en el antiguo reino de Valencia. No debió limitarse a estas comarcas extremas, pues recientemente se han citado hallazgos semejantes en la provincia de Alicante. Cabe, pues, suponer que paralelo al movimiento de pueblos que introdujo la «Kerbschnittkeramik» en la Meseta, hubo otro que, partiendo como aquél del valle del Ebro, alcanzó muy pronto la costa levantina.

Más notable todavía es el hecho de que se encuentre aquí también la llamada «técnica del Boquique», que por ahora parecía limitada a la Meseta superior y comarcas inmediatas,² constituyendo un estilo muy propio de nuestra cerámica hallstättica, cuyo remoto precedente debe buscarse en la cultura de las cuevas. La semejanza de la cerámica del «Castellet» con los vasos de los fondos de cabaña de los alrededores de Madrid, tanto en

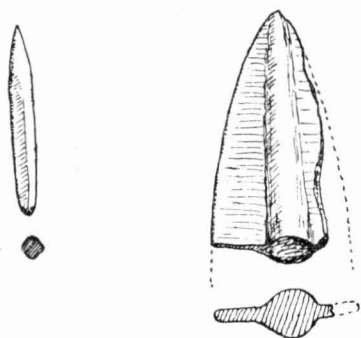


Fig. 10. — Bronces, del «Tossal del Castellet»

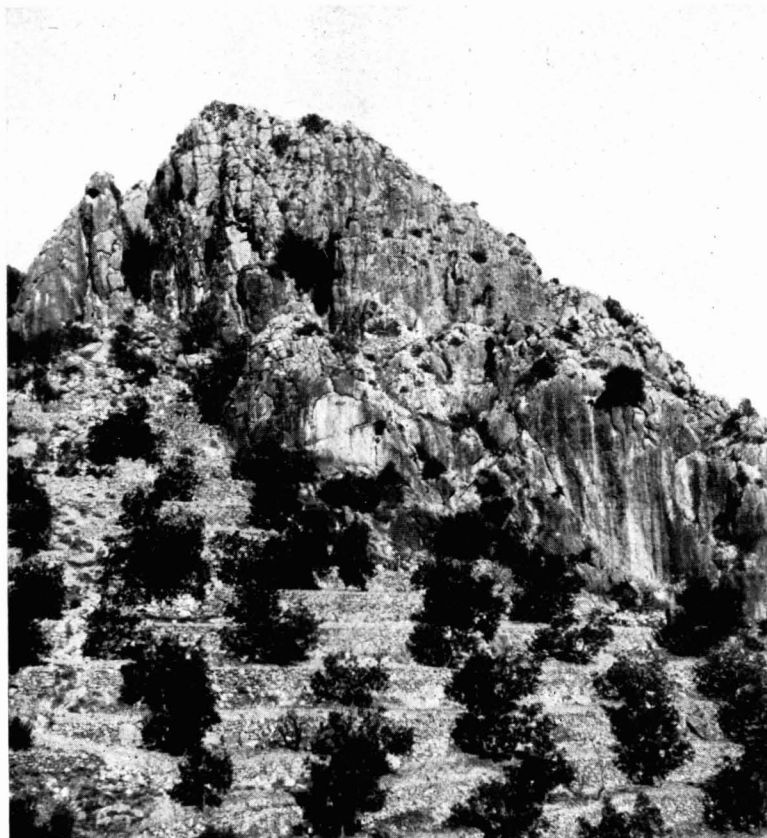
lo que afecta a la manera de haberse obtenido la decoración como a la disposición de los motivos, es tan grande, que sólo puede explicarse por una relación inmediata entre ambos yacimientos. Lógicamente, debe ésta buscarse siguiendo el camino del Jalón al valle del Ebro, de donde pudo pasar al Maestrazgo, acaso con la cerámica excisa; pero pudo también seguir el camino del Jiloca y alcanzar la Plana de Castellón a través de los macizos montañosos de los montes ibéricos. En estas comarcas intermedias, el único hallazgo que conocemos procede

de Alhama de Aragón, donde se encontraron algunos fragmentos lisos o decorados por incisiones que en un caso dibujan líneas profundas de pequeños ángulos, obtenidas por el mismo procedimiento «del Boquique» (lám. IV, 3).

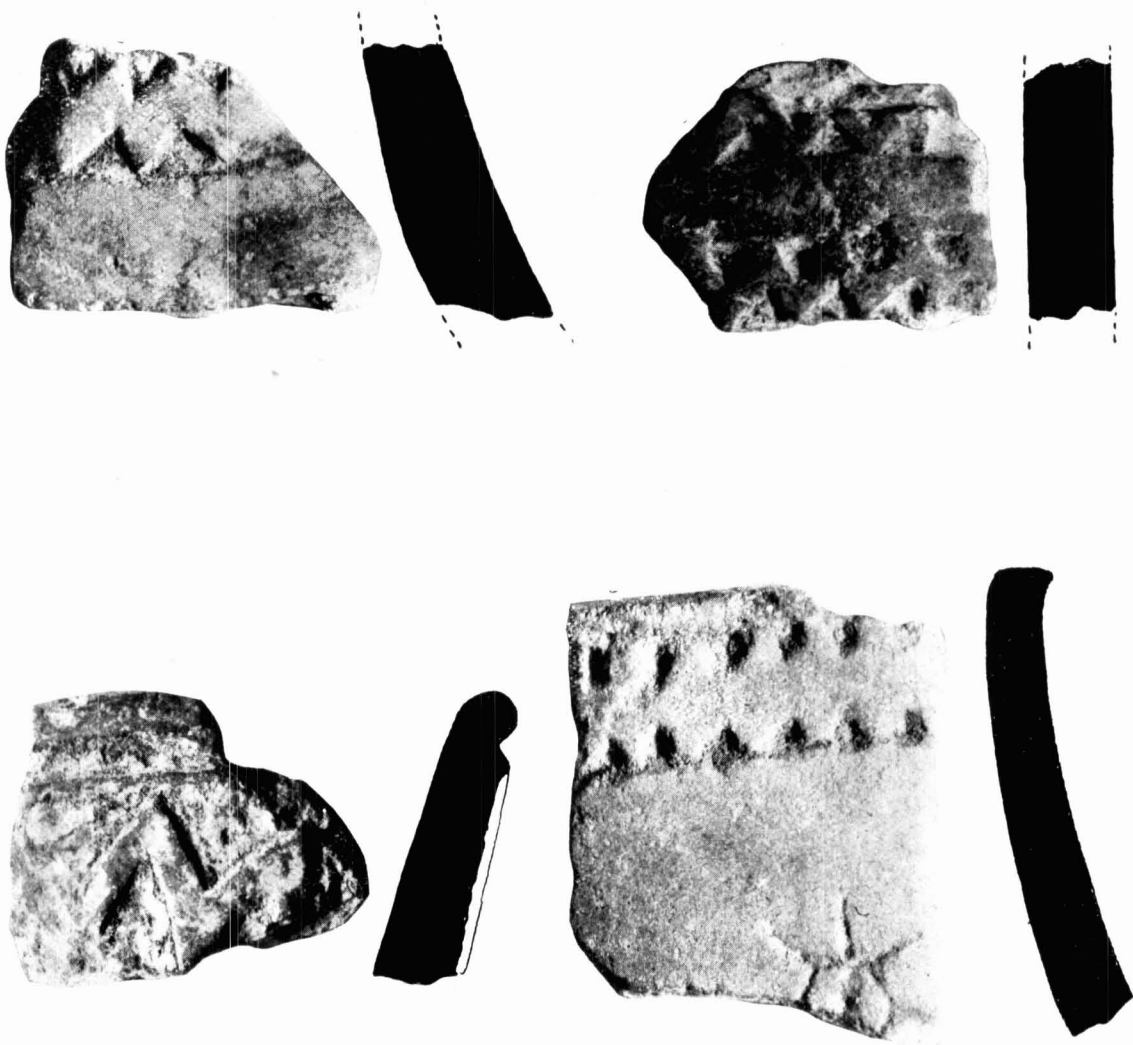
Sin embargo, es muy posible que toda esta cerámica, a pesar de su carácter tan heterogéneo, haya llegado a la costa levantina al mismo tiempo y en un mismo conjunto cultural, pues en muchos yacimientos de la Meseta se hallan asociadas la «técnica del Boquique» y la cerámica excisa, y en Aragón coincide esta última con la decoración de surcos acanalados. En este caso, los elementos hallstätticos que hemos observado en la Plana de Castellón deben asignarse a un ralo movimiento de pueblos en el que se mezclarían gentes de distintas procedencias, que en conjunto pueden llamarse celtas. Tal movimiento ha de estar en conexión y dependencia con el mismo que introdujo la cerámica excisa en el valle del Ebro, acaso los *belendi* y

1. J. CABRÉ, *Excavaciones en el Roquizal del Rullo*, en *Mem. Junta Sup. de Exc. y Antig.*, 1.º 121. Madrid, 1929.

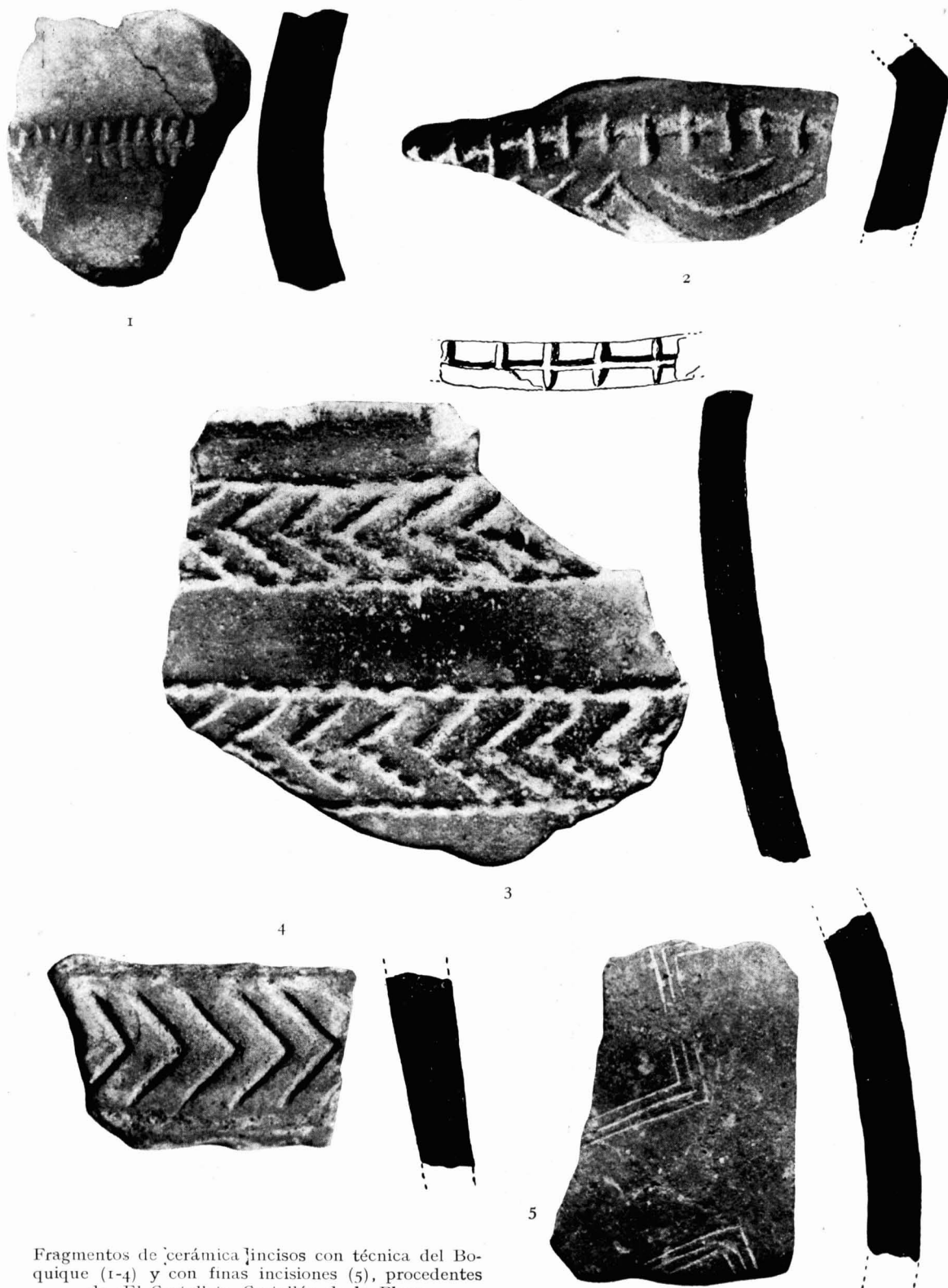
2. M. ALMAGRO, *La cerámica excisa...*, cit.



Dos vistas del cerro en el que se asienta el poblado de «El Castellet» (Castellón de la Plana).



Cerámica excisa del poblado de «El Castellet», Castellón de la Plana



Fragmentos de cerámica incisos con técnica del Bo-
quique (1-4) y con finas incisiones (5), procedentes
de «El Castellet», Castellón de la Plana



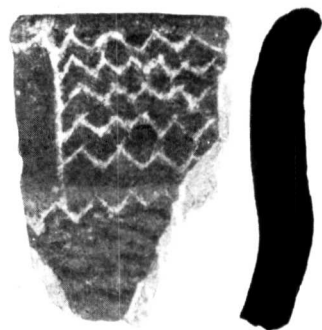
I



2



3



4

1 y 2, Fragmentos de cerámica hallstática de «El Castellet», decorada con surcos acanalados.
3 y 4, Fragmentos de cerámica con técnica del Boquique de Alhama de Aragón (Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia)

bébrices, que desde el sur de Francia penetraron en la Península por los pasos de los Pirineos centrales y occidentales y fueron a establecerse en la parte montañosa de las provincias de Soria y Teruel con los nombres de *pelendones* y *beribraces*.¹ Así se explica que al iniciarse la Edad del Hierro se encuentren las mismas técnicas decorativas en Levante y en la Meseta. Otros grupos debieron desprenderse de Cataluña e introdujeron la cerámica de los campos de urnas en el reino de Valencia, ya directamente siguiendo el camino de la costa, ya por intermedio del Bajo Aragón. A los *beribraces* asigna el profesor Bosch las influencias posthallstáticas, que en fecha tardía se observan en el sur de la provincia de Castellón (Arañuel) y parte alta de la de Valencia (Turis, Requena), donde los sitúa a mediados del siglo VI antes de J. C. el autor del periplo utilizado por Avieno. Si, como nos inclinamos a suponer, fueron ellos quienes introdujeron la cerámica excisa en Levante, es forzoso reconocer que al principio ocuparon una extensión mucho mayor, puesto que aquella cerámica llegó por lo menos hasta la provincia de Alicante. En Avieno, no sólo aparecen los *beribraces* arrinconados en las montañas del interior, sino que la costa comprendida entre los ríos Tirio (Turia) y Oleo (Ebro) está casi deshabitada. Medio siglo más tarde, Hecateo sitúa en estos lugares tribus ibéricas (*esdetes*, *ilaraugates*). Es muy significativo que de los cinco poblados argáricos que hemos descubierto y superficialmente explorado en las inmediaciones de Castellón, los restos hallstáticos aparezcan precisamente en el «Castellet», que constituye una verdadera fortaleza natural, casi inexpugnable y que fácilmente podían defender un puñado de hombres. La entrada de los celtas en Levante no se haría, pues, sin choques ni violencias. Avieno llama a los *beribraces* tribu «agreste y feroz». Todo hace suponer que la población indígena debió reaccionar ante tal estado de cosas, y siendo más numerosa, acabó por imponerse.

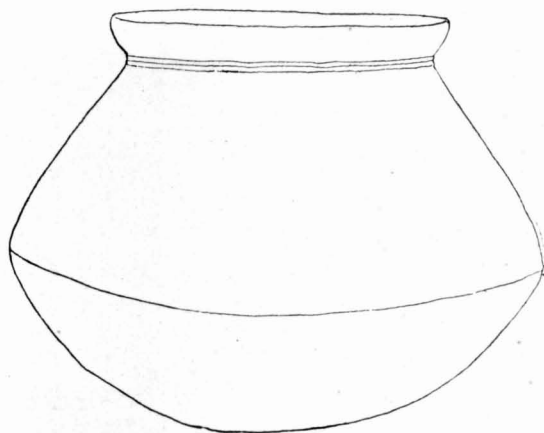


Fig. 11. — Vaso bicónico con decoración de surcos acanalados alrededor del cuello, del «Tossal del Castellet»

LA REACCIÓN INDÍGENA ANTE LAS INVASIONES CELTAS. — La isla de Cartare, que antes perteneció a los *cempsos*, ahora han sido expulsados

1. P. BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona, 1932.

de ella. Este hecho se viene observando desde hace tiempo, pero en términos diferentes. Para el profesor Bosch, la invasión celta que extendió la cultura de los campos de urnas por la costa catalana determinó una reacción de los pueblos ibéricos, que partiendo del campo de Tarragona acabó por dominar todo el noreste de la Península y aun llegó más allá de los Pirineos.¹ Hoy sabemos que la invasión celta tuvo por toda la Península una amplitud mucho mayor de lo que se suponía al principio en estos lugares. No sólo en el mismo campo de Tarragona se encuentra la cerámica hallstática que evidencia esta invasión (Salamó, Escornalbou²), sino mucho más al sur, cerca del Ebro (Tivisa,³ el Molar⁴) y hasta en el mismo llano de Castellón. Tal reacción debió producirse, pues, en la costa de Levante, donde la población indígena era más fuerte y muy pronto había de desarrollar la alta civilización ibérica de la segunda Edad del Hierro.

1. *Etnología...* cit.

2. J. SERRA VILARÓ, *La cova Josefina de Escornalbou (Tarragona)*, Castillo de Escornalbou, 1925.

3. SALVADOR VILASECA, obra cit.

4. SALVADOR VILASECA, *La necrópolis y poblado de Molá (Tarragona)*, en *Acta Arqueológica Hispanica*, I. Madrid, 1943.